

aborrece; y así se dice que mandó el general ahorear á los que le trujeron el presente porque no se le habian traído vivo. Entre los cristianos que en el fuerte se perdieron fué uno llamado D. Pedro de Aguilar, natural no sé de que lugar de Andalucía, el cual habia sido alférez en el fuerte, soldado de mucha cuenta y de raro entendimiento, especialmente tenia particular gracia en lo que llaman poesia. Digolo porque su suerte le trujo á mi galera y á mi banco, y á ser esclavo de mi mismo patron; y ántes que nos partiésemos de aquel puerto hizo este caballero dos sonetos á manera de epitafios, el uno á la Goleta y el otro al fuerte; y en verdad que los tengo de decir, porque los sé de memoria, y creo que ántes causarán gusto que pesadumbre. En el punto que el cautivo nombró á D. Pedro de Aguilar, D. Fernando miró á sus camaradas, y todos tres se sourieron, y cuando llegó á decir de los sonetos dijo el uno: ántes que vuestra merced pase adelante le suplico me diga que se hizo ese D. Pedro de Aguilar que ha dicho. Lo que sé es, respondió el cautivo, que al cabo de dos años que estubo en Constantinopla se huyó en frage de arnaute con un griego espía, y no sé si vino en libertad, puesto que creo que sí, porque de allí á un año vi yo al griego en Constantinopla, y no le pude pre-

guntar el suceso de aquel viage. Bueno fué, respondió el caballero, porque ese D. Pedro es mi hermano, y está ahora en nuestro lugar bueno y rico, casado y con tres hijos. Gracias sean dadas á Dios, dijo el cautivo, por tantas mercedes como le hizo, porque no hay en la tierra, conforme mi parecer, contento que se iguale á alcanzar la libertad perdida. Y mas, replicó el caballero, que yo sé los sonetos que mi hermano hizo: Digalos pues vuesa merced, dijo el cautivo, que los sabrá decir mejor que yo. Que me place, respondió el caballero, y el de la Goleta decia así:

CAPITULO XL.

Donde se prosigue la historia del cautivo

SONETO.

Almas dichosas, que del mortal velo
Libres y exentas por el bien que obrastes,
Desde la baja tierra os levantastes
A lo mas alto y lo mejor del cielo;

Y ardiendo en ira y en honroso zelo,
De los cuerpos la fuerza ejercitastes,
que en propia y sangre agena colorastes
El mar vecino, y arenoso suelo;

Primero que el valor faltó la vida

En los cansados brazos, que muriendo,
Con ser vencidos llevan la vitoria :

Y esta vuestra mortal triste caída
Entre el muro y el hierro os va adquiriendo
Fama que el mundo os da, y el cielo gloria.

Desa misma manera le sé yo, dijo el cautivo.
Pues el del fuerte, si mal no me acuerdo, dijo el
caballero, dice así :

SONETO.

De entre esta tierra estéril derribada,
Destos torreones por el suelo echados,
Las almas santas de tres mil soldados
Subieron vivas á mejor morada :

Siendo primero en vano ejercitada
La fuerza de sus brazos esforzados,
Hasta que al fin, de pocos y cansados
Dieron la vida al filo de la espada.

Y este es el suelo, que continuo ha sido
De mil memorias lamentables lleno
En los pasados siglos y presentes :

Mas no mas justas de su duro seno
Habrán al claro cielo almas subido,
Ni aun él sostuvo cuerpos tan valientes.

No parecieron mal los sonetos, y el cautivo se alegró con las nuevas que de su camarada le dieron, y prosiguiendo su cuento dijo : rendidos pues la

Goleta y el fuerte, los turcos dieron órden en desmantelar la Goleta, porque el fuerte quedó tal que no hubo que poner por tierra, y para hacerlo con mas brevedad y ménos trabajo la minaron por tres partes ; pero con ninguna se pudo volar lo que parecia ménos fuerte, que eran las murallas viejas ; y todo aquello que habia quedado en pié de la fortificacion nueva que habia hecho el Fratin, con mucha facilidad vino á tierra. En resolucion, la armada volvió á Constantinopla triunfante y vencedora, y de allí á pocos meses murió mi amo el Uchali, al cual llamaban *Uchali Fartax*, que quiere decir en lengua turquesca *el renegado tiñoso*, porque lo era, y es costumbre entre los turcos ponerse nombres de alguna falta que tengan ó de alguna virtud que en ellos haya : y esto es porque no hay entre ellos sino cuatro apellidos de linages que decien den de la casa otomana, y los demas, como tengo dicho, toman nombre y apellido ya de las tachas del cuerpo, y ya de las virtudes del ánimo : y este tiñoso bogó al remo siendo esclavo del Gran Señor catorce años, y á mas de los treinta y cuatro de su edad renegó de despecho de que un turco, estando al remo, le dió un bofetón, y por poderse vengar dejó su fe : y fué tanto su valor, que sin subir por los torpes medios y caminos que los mas privados del

Gran Turco suben, vino á ser rey de Argel, y despues á ser general de la mar, que es el tercero cargo que hay en aquel señorío. Era calabrés de nacion, y moralmente fué hombre de bien, y trataba con mucha humanidad á sus cautivos, que llegó á tener tres mil, los cuales despues de su muerte se repartieron como el lo dejó en su testamento entre el Gran Señor (que tambien es hijo heredero de cuantos mueren, y entra á la parte con los mas hijos que deja el difunto) y entre sus renegados; y yo cupe á un renegado veneciano, que siendo grumete de una nave le cautivó el Uchalí y le quiso tanto que fué uno de los mas regalados garzones suyos, y él vino á ser el mas cruel renegado que jamas se ha visto. Llamábase Azanagá, y llegó á ser muy rico y á ser rey de Argel, con el cual yo vine de Constantinopla algo contento por estar tan cerca de España; no porque pensase escribir á nadie el desdichado suceso mio, sino por ver si me era mas favorable la suerte en Argel que en Constantinopla, donde ya habia probado mil maneras de huirme, y ninguna tuvo sazón ni ventura; y pensaba en Argel buscar otros medios de alcanzar lo que tanto deseaba, porque jamas me desamparó la esperanza de tener libertad, y cuando en lo que fabricaba, pensaba y ponía por obra no correspondia el su-

ceso á la intencion, luego sin abandonarme fingia y buscaba otra esperanza que me sustentase aunque fuese débil y flaca. Con esto entretenia la vida encerrado en una prision ó casa que los turcos llaman baño, donde encierran los cautivos cristianos, asi los que son del rey como de algunos particulares, y los que llaman del almacén, que es como decir cautivos del concejo, que sirven á la ciudad en las obras públicas que hace y en otros oficios, y estos tales cautivos tienen muy dificultosa su libertad, que como son del comun y no tienen amo particular, no hay con quien tratar su rescate aunque le tengan. En estos baños, como tengo dicho, suelen llevar á sus cautivos algunos particulares del pueblo, principalmente cuando son de rescate, porque allí los tienen holgados y seguros hasta que venga su rescate. Tambien los cautivos del rey, que son de rescate, no salen al trabajo con la demas chusma sino es cuando se tarda su rescate, que entónces por hacerles que escriban por él con mas ahinco, les hacen trabajar y ir por leña con los demas, que es un no pequeño trabajo. Yo pues era uno de los de rescate, que como se supo que era capitan, puesto que dije mi poca posibilidad y falta de hacienda, no aprovechó nada para que no me pudiesen en el número de los caballeros y gente de

rescate. Pusieronme una cadena, mas por señal de rescate que por guardarme con ella, y así pasaba la vida en aquel baño con otros muchos caballeros y gente principal, señalados y tenidos por de rescate; y aunque la hambre y desnudez pudiera fatigarnos á veces, y aun casi siempre, ninguna cosa nos fatigaba tanto como oír y ver á cada paso las jamas vistas ni oídas crueldades que mi amo usaba con los cristianos. Cada dia ahorcaba el suyo, empalaba á este, desorejaba á aquel, y esto por tan poca ocasion y tan sin ella, que los turcos conocian que lo hacia no mas de por hacerlo, y por ser natural condicion suya ser homicida de todo el género humano. Solo libró bien con él un soldado español llamado tal de Saavedra, el cual, con haber hecho cosas que quedarán en la memoria de aquellas gentes por muchos años, y todas por alcanzar libertad, jamas le dió palo, ni se lo mandó dar, ni le dijo mala palabra, y por la menor cosa de muchas que hizo temíamos todos que habia de ser empalado, y así lo temió él mas de una vez; y si no fuera porque el tiempo no da lugar, yo dijera ahora algo de lo que este soldado hizo, que fuera parte para entreteneros y admiraros harto mejor que con el cuento de mi historia. Digo pues, que encima del patio de nuestra prision caian las ventanas de la

casa de un moro rico y principal, las cuales, como de ordinario son las de los moros, mas eran agujeros que ventanas, y aun estas se cubrian con celosias muy espesas y apretadas. Acaeció pues que un dia estando en un terrado de nuestra prision con otros tres compañeros haciendo pruebas de saltar con las cadenas por entretener el tiempo, estando solos (porque todos los demas cristianos habian salido á trabajar) alzé acaso los ojos, y vi que por aquellas cerradas ventanillas que he dicho parecia una caña, y al remate della puesto un lienzo afado, y la caña se estaba blandiendo y moviéndose casi como si hiciera señas que llegásemos á tomarla. Miramos en ello, y uno de los que conmigo estaban fué á ponerse debajo de la caña por ver si la soltaban ó lo que hacian: pero así como llegó alzarón la caña y la movieron á los dos lados como si dijeran *no* con la cabeza. Volvióse el cristiano, y tornáronla á bajar y hacer los mismos movimientos que primero. Fué otro de mis compañeros, y sucedióle lo mismo que al primero. Finalmente fué el tercero, y avinole lo que al primero y al segundo. Viendo yo esto no quise dejar de probar la suerte, y así como llegué á ponerme debajo de la caña la dejaron caer, y dió á mis piés dentro del baño. Acudí luego á desatar el lienzo, en el cual vi un nudo, y dentro del ve-

nian diez cianis, que son unas monedas de oro bajo que usan los moros, que cada una vale diez reales de los nuestros. Si me holgué con el ballazgo no hay para que decirlo, pues fué tanto el contento como la admiración de pensar de donde podía venirnos aquel bien, especialmente á mí; pues las muestras de no haber querido soltar la caña sino á mí, claro decian que á mí se hacia la merced. Tomé mi buen dinero, quebré la caña, volvíme al terradillo, miré la ventana, y vi que por ella salia una muy blanca mano que la abria y cerraba muy apriesa. Con eso en'endimos ó imaginamos que alguna muger que en aquella casa vivia nos debía de haber hecho aquel beneficio, y en señal de que lo agradeciamos hicimos zalemas á uso de moros inclinando la cabeza, doblando el cuerpo, y poniendo los brazos sobre el pecho. De allí á poco sacaron por la misma ventana una pequeña cruz hecha de cañas, y luego la volvieron á entrar. Esta señal nos confirmó en que alguna cristiana debía de estar cautiva en aquella casa, y era la que el bien nos hacia; pero la blancura de la mano, y las ajorcas que en ella vimos nos deshizo este pensamiento, puesto que imaginamos que debía de ser cristiana renegada, á quien de ordinario suelen tomar por legítimas mugeres sus mismos amos, y aun lo tienen á ven-

tura, porque las estiman en mas que las de su nacion. En todos nuestros discursos dimos muy léjos de la verdad del caso, y así todo nuestro entretenimiento, desde allí adelante era mirar y tener por norte á la ventana donde nos habia aparecido la estrella de la caña; pero bien se pasaron quince dias en que no la vimos, ni la mano tampoco, ni otra señal alguna; ni aunque en este tiempo procuramos con toda solicitud saber quien en aquella casa vivia, y si habia en ella alguna cristiana renegada, jamas hubo quien nos dijese otra cosa sino que allí vivia un moro principal y rico, llamado Agimorato, alcaide que habia sido de la Pata, que es oficio entre ellos de mucha calidad; mas cuando mas descuidados estábamos de que por allí habian de llover mas cianis, vimos á deshora parecer la caña y otro lienzo en ella con otro nudo mas crecido, y esto fué á tiempo que estaba el baño como la vez pasada solo y sin gente. Hicimos la acostumbrada prueba yendo cada uno primero que yo de los mismos tres que estábamos; pero á ninguno se rindió la caña sino á mí, porque en llegando yo la dejaron caer. Desaté el nudo, y hallé cuarenta escudos de oro españoles y un papel escrito en arábigo, y al cabo de lo escrito hecha una gande cruz. Besé la cruz, tomé los escudos, volvíme al terrado, hicimos

todos nuestras zalems, tornó á parecer la mano, hice señas que iceria el papel, cerraron la ventana. Quedamos todos confusos y alegres con lo sucedido; y como ninguno de nosotros no entendia el arábigo, era grande el deseo que teníamos de entender lo que el papel contenia, y mayor la dificultad de buscar quien lo leyese. En fin yo me deferniné de fiarme de un renegado natural de Murcia, que se habia dado por grande amigo mio, y puesto prendas entre los dos que le obligaban á guardar el secreto que le encargase, porque suelen algunos renegados, cuando tienen intencion de volverse á tierra de cristianos, traer consigo algunas firmas de cautivos principales en que dan fe, en la forma que pueden, como el tal renegado es hombre de bien, y que siempre ha hecho bien á cristianos, y que lleva deseo de huirse en la primera ocasion que se le ofrezca: Algunos bay que procuran estas fees con buena intencion, otros se sirven dellas acaso y de industria, que viniendo á robar á tierra de cristianos, si á dicha se pierden ó los cautivan, saean sus firmas y dicen que por aquellos papeles se verá el propósito con que venian, el cual era de quedarse en tierra de cristianos, y que por eso venian en corso con los demas turcos. Con esto se escapan de aquel primer impetu, y se reconcilian con la

iglesia sin que se les haga daño, y cuando ven la suya se vuelven á Berberia á ser lo que ántes eran. Otros hay que usan destes papeles, y los procuran con buen intento, y se quedan en tierra de cristianos. Pues uno de los renegados que he dicho era este amigo, el cual tenia firmas de todas nuestras camaradas, donde le acreditábamos cuanto era posible; y si los moros le hallaran estos papeles le quemaran vivo. Supe que sabia muy bien arábigo, y no solamente hablarlo sino escribirlo; pero ántes que del todo me declarase con el le dije que me leyese aquel papel, que acaso me habia hallado en un agnero de mi rancho. Abrióle, y estuvo un buen espacio mirándole y construyéndole murmurando entre los dientes. Preguntéle si lo entendia: dijome que muy bien, y que si queria que me lo declarase palabra por palabra que le diese tinta y pluma, porque mejor lo hiciese. Dimosle luego lo que pedia, y él poco á poco lo fué traduciendo, y en acabando dijo: todo lo que va aqui en romance, sin faltar letra, es lo que contiene este papel morisco, y hase de advertir que adonde dice: *Lela Mária*, quiere decir: *muestra Señora la Virgen Maria*. Leimos el papel, y decia así:

• Cuando yo era niña tenia mi padre una es

» clava, la cual en mi lengua me mostró la zala
 » cristianesca, y me dijo muchas cosas de Lela
 » Márien. La cristiana murió, y yo sé que no fué
 » al fuego, sino con Alá, porque despues la vi dos
 » veces, y me dijo que me fuese á tierra de cris-
 » tianos á ver á Lela Márien, que me queria mu-
 » cho. No sé yo como vaya: muchos cristianos
 » he visto por esta ventana, y ninguno me ha pa-
 » recido caballero sino tú. Yo soy muy hermosa
 » y muchacha, y tengo muchos dineros que lle-
 » var conmigo: mira tú si puedes hacer como nos
 » vamos, y serás allá mi marido si quisieres, y
 » si no quisieres no se me dará nada, que Lela
 » Márien me dará con quien me case. Yo escribi
 » esto, mira á quien lo das á leer, no te fies de
 » ningun moro, porque son todos marfuces. Des-
 » to tengo mucha pena, que quisiera que no te
 » descubrieras á nadie, porque si mi padre lo sa-
 » be me echará luego en un pozo y me cubrirá
 » de piedras. En la caña pondré un hilo, ata allí
 » la respuesta, y si no tienes quien te escriba
 » arabigo dimelo por señas, que Lela Márien ha-
 » rá que te entienda. Ella y Alá te guarde, y esa
 » cruz que yo beso muchas veces, que así me lo
 » mandó la cautiva.

Mirad, señores, si era razon que las razones

deste papel nos admirasen y alegrasen; y así lo
 uno y lo otro fué de manera que el renegado en-
 tendió que no acaso se habia hallado aquel papel,
 sino que realmente á alguno de nosotros se habia
 escrito; y así nos rogó que si era verdad lo que
 sospechaba, que nos fíásemos dél, y se lo dijésemos,
 que él aventuraria su vida por nuestra li-
 bertad; y diciendo esto sacó del pecho un crucifijo
 de metal, y con muchas lágrimas juró por el Dios
 que aquella imágen representaba, en quien él,
 aunque pecador y malo, bien y fielmente creía,
 de guardarnos lealtad y secreto en todo cuanto
 quisiémos descubrirle, porque le parecia y casi
 adivinaba que por medio de aquella que aquel pa-
 pel habia escrito habia él y todos nosotros de tener
 libertad, y verse él en lo que tanto deseaba,
 que era reducirse al gremio de la santa Iglesia su
 madre, de quien como miembro podrido estaba
 dividido y apartado por su ignorancia y pecado.
 Con tantas lágrimas y con muestras de tanto ar-
 repentimiento dijo esto el renegado, que todos de
 un mismo parecer consentimos y venimos en de-
 clararle la verdad del caso, y así le dimos cuenta
 de todo sin encubrirle nada. Mostrámosle la ven-
 tanilla por donde parecia la caña, y él marcó des-
 de allí la casa, y quedó de tener especial y gran
 cuidado de informarse quien en ella vivía. Acor-

damos ansimismo que seria bien responder al billete de la mora, y como teniamos quien lo supiese hacer, luego al momento el renegado escribió las razones que yo le fui notando, que puntualmente fueron las que diré, porque de todos los puntos sustanciales que en este suceso me acontecieron, ninguno se me ha ido de la memoria, ni aun se me irá en tanto que tuviere vida. En efecto lo que á la mora se le respondió fué esto:

« El verdadero Alá te guarde, señora mia, y aquella bendita Márien, que es la verdadera madre de Dios, y es la que te ha puesto en corazon que te vayas á tierra de cristianos, porque te quiere bien. Ruégale tú que se sirva de darte á entender como podrás poner por obra lo que te manda, que ella es tan buena, que si hará. De mi parte y de la de todos estos cristianos que estan conmigo te ofrezco de hacer por tí todo lo que pudiéremos hasta morir. No debes de escribirme y avisarme lo que pensare hacer, que yo te responderé siempre: que el grande Alá nos ha dado un cristiano cautivo que sabe hablar y escribir tu lengua tan bien como lo verás por este papel. Así que sin tener miedo nos puedes avisar de todo lo que quisieres. A lo que dices, que si fueres á tierra de

« cristianos que has de ser mi muger, yo te lo prometo como buen cristiano, y sabe que los cristianos cumplen lo que prometen mejor que los moros. Alá y Márien su madre sean en tu guarda, señora mia. »

Escrito y cerrado este papel aguardé dos dias á que estuviese el baño solo como solia, y luego sali al paso acostumbrado del terradillo por ver si la caña parecia, que no tardó mucho en asomar. Así como la vi, aunque no podia ver quien la ponía, mostré el papel como dando á entender que pusiesen el hilo; pero ya venia puesto en la caña, al cual até el papel, y de allí á poco tornó á parecer nuestra estrella con la blanca bandera de paz del adadillo. Dejáronla caer, y alzéla yo, y hallé en el paño en toda suerte de moneda de plata y de oro mas de cincuenta escudos, los cuales cien veces mas doblaron nuestro contento y confirmaron la esperanza de tener libertad. Aquella misma noche volvió nuestro renegado, y nos dijo que habia sabido que en aquella casa vivia el mismo moro que á nosotros nos habian dicho, que se llamaba Agimorato, riquísimo por todo estremo, el cual tenia una sola hija heredera de toda su hacienda, y que era comun opinion en toda la ciudad ser la mas hermosa muger de la

Berbería, y que muchos de los vireyes que allí venían la habían pedido por muger, y que ella nunca se había querido casar, y que también supo que tuvo una cristiana cautiva, que ya se había muerto. Todo lo cual concertaba con lo que venía en el papel. Entramos luego en consejo con el renegado en que orden se tendría para sacar á la Mora y venirnos todos á tierra de cristianos, y en fin se acordó por entónces que esperásemos al aviso segundo de Zoraida, que así se llamaba la que ahora quiere llamarse María: porque bien vimos que ella y no otra alguna era la que había de dar medio á todas aquellas dificultades. Despues que quedamos en esto dijo el renegado que no tuviésemos pena, que él perdería la vida ó nos pondría en libertad. Cuatro dias estuvo el baño con gente, que fué ocasion que quatro dias tardase en parecer la caña, al cabo de los cuales en la acostumbrada soledad del baño pareció con el lienzo tan preñado, que felicísimo parto prometía. Inclínose á mí la caña y el lienzo, hallé en él otro papel y cien escudos de oro sin otra moneda alguna. Estaba allí el renegado, dímosle á leer el papel dentro de nuestro rancho, el cual dijo que así decía:

Yo no sé, mi señor, como dar orden que

nos vamos á España, ni Lela Marien me lo ha dicho, aunque yo se lo he preguntado: lo que se podrá hacer es, que yo os daré por esta ventanilla muchísimos dineros de oro: rescataos vos con ellos y vuestros amigos, y vaya uno en tierra de cristianos, y compre allá una barca y vuelva por los demas, y á mí me hallará en el jardín de mi padre, que está á la puerta de Babazon junto á la marina, donde tengo de estar todo este verano con mi padre y con mis criados: de allí de noche me podreis sacar sin miedo, y llevarme á la barca. Y mira que has de ser mi marido, porque sino yo pediré á Marien que te castigue. Si no te fias de nadie que vaya por la barca, rescátate tú y ve que yo sé que volverás mejor que otro, pues eres caballero y cristiano. Procura saber el jardín, y cuando te pasees por ahí sabré que está solo el baño, y te daré mucho dinero. Alá te guarde, señor mio.

Esto decía y contenía el segundo papel, lo cual visto por todos, cada uno se ofreció querer ser el rescatado, y prometió de ir y volver con toda puntualidad; y también yo me ofrecí á lo mismo: á todo lo cual se opuso el renegado diciendo, que en ninguna manera consentiría que ninguno

saliese de libertad hasta que fuesen todos juntos, porque la experiencia le habia mostrado cuan mal cumplian los libres las palabras que daban en el cautiverio, porque muchas veces habian usado de aquel remedio algunos principales cautivos, rescatando á uno que fuese á Valencia ó Mallorca con dineros para poder armar una barca y volver por los que le habian rescatado, y nunca habian vuelto, porque la libertad alcanzada y el temor de no volver á perderla les borraba de la memoria todas las obligaciones del mundo. Y en confirmacion de la verdad que nos decia nos contó brevemente un caso que casi en aquella misma sazón habia acaecido á unos caballeros cristianos, el mas extraño que jamas sucedió en aquellas partes donde á cada paso suceden cosas de grande espanto y de admiracion. En efecto él vino á decir que lo que se podia y debia hacer era, que el dinero que se habia de dar para rescatar al cristiano: que se le diese á él para comprar allí en Argel una barca con achaque de hacerse merceder y tratante en Tetuan y en aquella costa y que siendo él señor de la barca fácilmente se daría traza para sacarlos del baño y embarcarlos á todos. Quanto mas que si la mora, como ella decia, daba dineros para rescatarlos á todos, que estando libres era facilísima cosa aun embarcarse

en la mitad del dia, y que la dificultad que se ofrecia mayor era que los moros no consienten que renegado alguno compreni tenga barca, sino es bajel grande para ir en corso, porque se temen que el que compra barca, principalmente si es español, no la quiere sino para irse á tierra de cristianos; pero que él facilitaria este inconveniente con hacer que un moro tagarino fuese á la parte con él en la compañía de la barca, y en la ganancia de las mercancías, y con esta sombra él vendria á ser señor de la barca, con que daba por acabado todo lo demas. Y puesto que á mí y á mis camaradas nos habia parecido mejor lo de enviar por la barca á Mallorca, como la mora decia, no osamos contradecirle, temerosos que si no hacíamos lo que él decia nos habia de descubrir y poner á peligro de perder las vidas si descubriese el trato de Zoraida, por cuya vida diéramos todas las nuestras; y así determinamos de ponernos en las manos de Dios y en las del renegado; en aquel mismo punto se le respondió á Zoraida diciéndole que haríamos todo cuanto nos aconsejaba, porque lo habia advertido tan bien como si Lela Márien se lo hubiera dicho, y que en ella sola estaba dilatar aquel negocio ó ponello luego por obra. Ofrecimele de nuevo de ser su esposo, y con esto, otro dia que acaeció á estar

solo el baño, en diversas veces con la caña y el paño nos dió dos mil escudos de oro, y un papel donde decia que el primer juma, que es el viérnes, se iba al jardin de su padre, y que ántes que se fuese nos daria mas dinero; y que si aquello no bastase, que se lo avisásemos, que nos daria cuanto le pidiésemos, que su padre tenia tantos que no lo echaria ménos, cuanto mas que ella tenia las llaves de todo. Dimos luego quinientos escudos al renegado para comprar la barca: con ochocientos me rescaté yo dando el dinero á un mercader valenciano que á la sazón se hallaba en Argel, el cual me rescató del rey, tomándome sobre su palabra, dándola de que con el primer bajel que viniese de Valencia pagaria mi rescate, porque si luego diera el dinero fuera dar sospechas al rey que habia muchos días que mi rescate estaba en Argel, y que el mercader por sus grandergias lo habia callado. Finalmente, mi amo era tan caviloso que en ninguna manera me atrevi á que luego se desembolsase el dinero. El juéves ántes del viérnes que la hermosa Zoraida se habia de ir al jardin nos dió otros mil escudos y nos avisó de su partida, rogándome que si me rescatase supiese luego el jardin de su padre, y que en todo caso buscase ocasion de ir allá y verla. Respondile en breves palabras que así lo haria y que

tuviese cuidado de encomendarnos á Lela Márien, con todas aquellas oraciones que la cautiva le habia enseñado. Hecho esto dieron orden en que los tres compañeros nuestros se rescatasen por facilitar la salida del baño, y porque viéndome á mi rescatado y á ellos no, pues habia dinero, no se alborotasen, y les persuadiese el diablo que hiciesen alguna cosa en perjuicio de Zoraida; que puesto que el ser ellos quien eran me podia asegurar de este temor, con todo eso no quise poner el negocio en aventura, y así los hice rescatar por la misma orden que yo me rescaté, entregando todo el dinero al mercader para que con certeza y seguridad pudiese hacer la fianza, al cual nunca descubrimos nuestro trato y secreto por el peligro que habia.

CAPITULO XLI.

Donde todavía prosigue el cautivo su suceso.

No se pasaron quince días cuando ya nuestro renegado tenia comprada una muy buena barca capaz de mas de treinta personas; y para asegurar su hecho y dalle color quiso hacer, como hizo, un viage á un lugar que se llama Sargel, que está